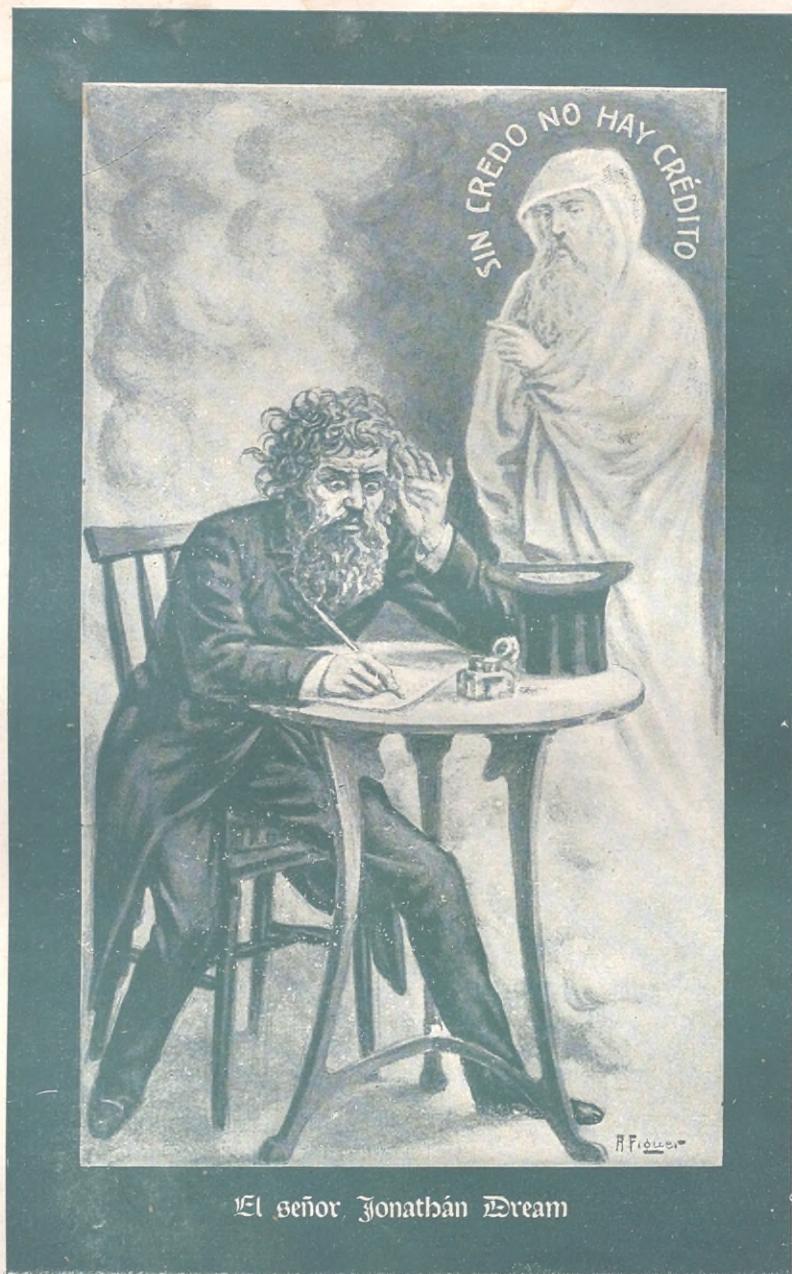


# PARIS EN AMÉRICA



1 tomo rústica. . . 2 ptas.  
1 id en tela . . . 3 "

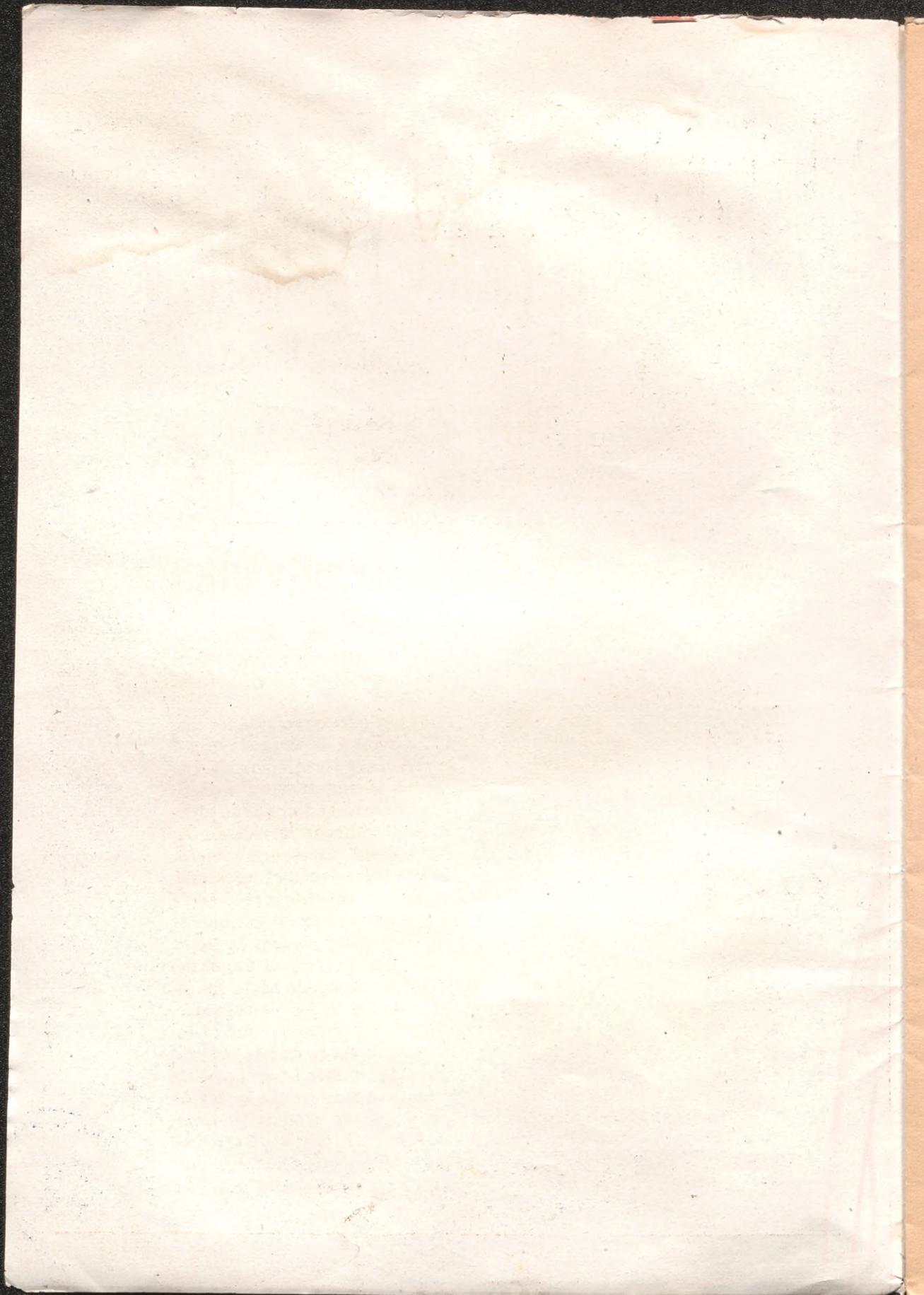
Publicaciones de la casa Acha.-BARCELONA

# EL CUENTO <sup>Y LA</sup> HISTORIA



Córcega, 238-BARCELONA

Nº 6



Martes 24 de Octubre 1908



# EL CUENTO Y LA HISTORIA

## ENCICLOPEDIA DEL HOGAR

Administración: Córcega, 238  
BARCELONA

AÑO I

N.º 6

### INDICE

El niño de Sepúlveda. - Zasonbrina. - Un asesinato en el río Nagca, (Episodio de la rebelión de Filipinas). - Memorias de un naufrago, (Aventuras maravillosas de Arguin el marino.) V Continúa. - Las escuadras de Cataluña

### SUPLEMENTO

Historia de las persecuciones políticas y religiosas.

## El niño de Sepúlveda

El Arcediano de Ecija, Fernán Martínez, había dado el grito de guerra á los judíos!

Las ricas juderías de Córbova, Toledo, Búrgos, Logroño y Va-

lencia fueron entregadas al saqueo y solo quedaban de ellas escombros calcinados, cuando las Cortes acordaban enviar tropas en defensa de los perseguidos.

Cada día apretábase mas el círculo de hierro que aprisionaba la libertad de los hijos de Israel, y eran por ordenamiento de los reyes, abandonados á la nulidad y á la impotencia.

La reina Doña Catalina, manda que vivan apartados de todo trato y comunicación con los cristianos, que no puedan ejercer oficio ni comercio alguno, que se corten la barba y

cabello, añadiendo que ninguna hembra cristiana casada ó soltera, entre en morada de judío ni de noche ni de día.

Por todas partes veíanse los ánimos dispuestos á la matanza; espaldas desnudas y enrojecidas de sangre hasta la empuñadura; rostros pálidos y consternados que se arrojan al suelo pidiendo la vida de sus inocentes hijos; ancianos y mujeres indefensos, ofreciendo el oro á montones si se les concede la merced de vivir; y sobre este cuadro de horror y de muerte, destacándose la figura de S. Vicente Ferrer, el angel del Apocalipsis, llamando hácia las pilas bautismales á los perseguidos; tal era la situación de los judíos españoles en la época en que ocurrió el suceso que vamos á narrar.

El famoso maestro de la ley de Moisés y célebre médico Jehosuah Halorgi, llamado después Gerónimo de Santa Fé, y otros rabinos ilustres, abrazaron el cristianismo y en



lugar de consolar á sus hermanos, y ejercer en su favor la gran influencia que en las Cortes gozaban, fueron sus más encarnizados enemigos, llegando alguno de ellos á manifestar en público y escribir en privado los desacatos que contra la religión cometían, y los vicios y costumbres reprobables, ejercidos, según ellos, por los descendientes de Judá, sin distinción de clases.

Reducido este pueblo á la abyección y al desprecio; augurando desde los púlpitos grandes calamidades á los que directa ó indirectamente les cobijasen; solos, y abandonados á su desesperación, despertóse en ellos el odio hacia sus perseguidores y no fueron pocas las tropelías cometidas por aquellos desgraciados en sus ansias de venganza.

Uno de los crímenes más espantosos, la iniquidad más horrenda, el acto más salvaje que los humanos pueden cometer, y que no justifica la venganza ni el odio hacia sus verdugos, fué el ocurrido en Sepúlveda, provincia de Segovia, el año 1468.

La Iglesia celebraba las festividades de la Semana Santa y las persecuciones contra los judíos arreciaban sin duda al recuerdo del drama del Calvario, cuya fecha se conmemoraba.

El viernes Santo circuló el rumor

en Sepúlveda de haber desaparecido del pueblo un niño, culpando desde luego á los judíos del robo. Los cuadrilleros pusieron en movimiento para descubrir á los ladrones.

Así fué en efecto. Pronto se descubrió é hizo público que la inocente criatura fué robada del hogar paterno por una turba de israelitas errantes que recorrían los pueblos pidiendo limosna; pertenecían estos desgraciados á la judería de Toledo. A un apartado lugar y á las entrañas de un espeso bosque fué conducido el niño robado; allí fué despojado de sus vestiduras, ya desnudo le azotaron y clavaron en una cruz á semejanza de Jesucristo, hundieron la daga en el costado de la infeliz criatura, y allí abandonaron su cuerpo agonizante.

Este crimen costó mucha sangre.

Los malhechores fueron capturados, presos y condenados á muerte; otra vez el grito de ¡muerte á los judíos! resonó aterrador desde Cádiz á Barcelona y repitieronse las escenas de exterminio contra la raza de Israel, *siempre perseguida pero jamás vencida.*

Una pintura al fresco existente en la Catedral de Toledo, representa el trágico suceso que acabamos de narrar, titulado *El niño de Sepúlveda.*

## ZASOUBRINA

El redondo tragaluz de mi celda daba al patio de la prisión. Este agujero estaba en lo alto de la pared; pero subiéndome sobre una mesa y empinándome sobre la punta de los pies podía ver lo que pasaba en el patio. Al abrigo del techo que se cuarteaba, una pareja de palomos había hecho su nido y cuando yo miraba hacia otro lado, ellos se arrullaban por encima de mi cabeza.

Yo tenía el tiempo suficiente para llegar á conocer á los habitantes de la cárcel desde mi elevado observatorio, y sabía que el hombre más alegre entre aquella masa gris y melancólica, se llamaba Zasoubrina.

Era un robusto muchacho de frente alta y faz rubicunda á la que sus ojos grandes y brillantes prestaban continua animación.

Llevaba su gorro sobre la nuca; sus orejas se destacaban burlescamente puntiagudas sobre su cráneo rasurado, los cordones que debían cerrar el cuello de su camisa estaban siempre sueltos, su chaqueta siempre desabotonada y cada movimiento de sus músculos revelaba un alma tan incapaz de desaliento como de rencor.

Siempre risueño, inquieto y alborotador, era el ídolo de la cárcel. La multitud compacta y gris de sus camaradas le rodeaba y él los divertía con los juegos más curiosos, embelleciendo con su sincera alegría aquella vida triste y sombría.

Un día salió de su celda para el paseo reglamentario, con tres ratas ingeniosamente enjaezadas con

cuerdecillas. Zasoubrina corría detrás de ellas por el patio, gritando que se paseaba en *troïca*.

—Este es el nombre que se da en Rusia á un tiro de lujo de tres caballos.—Las ratas, enloquecidas por sus gritos, se enredaban en sus atalajes y los presos reían como niños á la vista del gordo muchacho y de su tiro.

El se creía especialmente destinado á divertir á sus semejantes y no economizaba medio alguno para conseguir tal resultado. Algunas veces su espíritu inventivo lo llevaba á ejecutar acciones crueles. Así en una ocasión pegó con cola á la pared, los cabellos de un pequeño preso que se había dormido al pie del muro; cuando la cola estuvo bien seca despertó bruscamente al niño. Este quiso ponerse en pie de un salto, pero cayó prontamente á la tierra llorando y llevándose las manos á la cabeza terriblemente depilado y dolorido. Los presos reían á carcajadas y Zasoubrina estaba contento. Más tarde le ví desde mi ventana acariciar al niño que había dejado pegado á la pared con buena parte de sus cabellos.

Además de Zasoubrina, había en la cárcel otro sér privilegiado: un gato joven, rojo, manso, cariñoso y juguetón. Cuando los detenidos iban al paseo, descubrían siempre á Michika en un rincón cualquiera, y se divertían con él, arrojándose el uno al otro, haciéndole correr y dejándole arañar sus manos y sus rostros animados por el juego.

Cuando el gatito aparecía, la atención general abandonaba á Zasoubrina, que no se resignaba á esa preferencia; era un artista de espíritu y como tal, tenía un amor propio desproporcionado á su talento. Cuando su público se dejaba arrebatado por el gatito, él se quedaba sólo, se sentaba en un rincón y observaba á sus compañeros que le abandonaban. Yo le espiaba y comprendía lo que pasaba en su alma. Me parecía inevitable que Zasoubrina matase al gato en la primera ocasión favorable, y compadecía al alegre muchacho que tan ávidamente deseaba ser el centro de la atención general. De todos los deseos del hombre ninguno es tan pernicioso ni tan devastador para el alma como la sed de agradar á las gentes.

Cuando se está preso, hasta la vida de los hongos que crecen en los muros interesa; se comprenderá pues el ardor con que yo seguía desde mi observatorio el pequeño drama que se desarrollaba abajo, drama de los celos de un hombre hácia un gato; se comprenderá la impaciencia con que esperaba el desenlace que llegó bien pronto.

En una clara mañana de otoño, cuando los presos se esparcieron por el patio, Zasoubrina apercibió en un rincón un cubo lleno de color verde, dejado allí por los pintores que embadurnaban los techos de la cárcel. Se aproximó al cubo, pareció reflexionar, metió el dedo en el color y se tiñó el bigote de verde. Este bigote verde sobre su rubicunda faz, provocó unánimes carcajadas. Un granujilla quiso aprovecharse de la

invención de Zasoubrina y se tiñó también el labio superior, pero Zasoubrina sumergió la mano en el cubo y retirándola bruscamente, frotó el rostro del muchacho con diestra prontitud. El desgraciado bufaba y agitaba la cabeza, mientras que Zasoubrina bailaba á su alrededor y los espectadores reían cada vez más fuerte, animando á su bufón con toda clase de exclamaciones. En este momento el gatito rojo hizo su aparición. Avanzaba sin prisa, levantaba con gracia las patitas moviendo la cola. No abrigaba temor alguno de ser maltratado por aquella multitud, en el centro de la que se encontraban Zasoubrina y el granujilla que con las palmas de sus manos extendía sobre su rostro la oleaginosa pintura.

—Camaradas, — gritó uno, — Michika ha llegado.

—¡Ah, Michika, bribonzuelo!

—¡Queridito!

Se habían apoderado del gato y se lo pasaban de uno á otro, colmándolo de caricias.

—¡Como ha comido! ¡Como tiene hinchado el vientre!

—¡Con que prisa crece!

—¡Como araña el diablillo!

—Déjale que salte un poco.

—Voy á presentarle mi espalda...

¡Salta, Michika!

Se había producido el vacío alrededor de Zasoubrina, que se quedó solo limpiándose la pintura de su bigote y miraba al gato saltar sobre las espaldas encorvadas de los forzados. Todos parecían divertirse mucho y reían sin cesar.

—¿Camaradas, tiñamos al gato?— gritó Zasoubrina.

Su voz al proponer esta broma parecía implorar.

La masa de los presos se agitó.

—¿Y si revienta?—objetó uno.

—¿Reventar por un poco de pintura? ¡Qué idea!

—¡Anda Zasoubrina, anda pronto!

Un muchachote de barba de color de fuego, dijo con firmeza.

—Puede suceder lo que ese muchacho imagina.

Zasoubrina tenía ya el gato y avanzaba hacia el cubo de pintura cantando:

Mirad, hermanitos míos,  
nuestro gato seductor  
que va á cambiar de color.

Una tumultuosa carcajada partió de la multitud. Los presos se retorcián convulsivamente y yo veía á Zasoubrina que teniendo al gato por la cola lo sumergía en la masa líquida cantando:

Atiende, no mojes más,  
que incomodas á papá.

El entusiasmo aumentaba. La risa retorciá los cuerpos. En las ventanas de la cárcel aparecieron las mujeres, tapando el risueño rostro con los blancos chales. El inspector, apoyado en la pared, se apretaba el vientre y dejaba escapar de su gran boca abierta un gruñido de alegría.

Los espectadores se habían alejado un poco del cubo. Zasoubrina bailoteaba, hacía reverencias y cantaba:

¡Ahl La vida es una broma.  
Una gata roja ha habido

que tuvo un gatito rojo,  
que en verde se ha convertido.

—¡Ya basta!—suplicó el muchacho de la gran barba; pero Zasoubrina estaba en vena. Las risas resonaban á su alrededor y sabía que sólo él era capaz de provocarlas. La conciencia de su poder aparecía en cada uno de sus gestos, en cada mueca de su móvil rostro de bufón, en todo su cuerpo electrizado por el triunfo. Ahora tenía al gato por la cabeza y sacudiendo el color inútil, danzaba con una especie de éxtasis artístico, improvisando al mismo tiempo:

Amigos y camaradas,  
buscad en el santoral  
que nombre le vais á dar.

Todo reía alrededor de los presos locos de alegría. El sol sobre los vidrios barrados de hierro, el cielo azul reía por encima del patio y hasta las viejas paredes de la cárcel sonreían con la violencia de los séres que deben ocultar toda manifestación de alegría. Detrás de las rejas los rostros de las mujeres reían también, brillando sus dientes al sol. Todo se había transfigurado súbitamente, todo había perdido el tinte gris del fastidio que oprime y desalienta; todo se había animado por efecto de la risa que como el sol lo embellece todo, hasta el lodo.

Zasoubrina dejó el gatito sobre la yerba que brotaba entre las piedras del patio y continuó sólo y exaltado, bufando y sudando su danza salvaje; pero las risas se habían extinguido, habían sido demasiado inten-

sas y habían fatigado á la gente. A veces alguno gemía aún delirando y otros lanzaban algunas carcajadas, pero interrumpidas... Por fin llegó un momento en que todos callaron, menos Zasoubrina, que cantaba y el gatito que mayaba, arrastrándose por la hierba de la que apenas se distinguía á causa del color. La pintura le cegaba y dificultaba sus movimientos, se movían sin objeto sus patas temblorosas, y vacilaba su enorme cabeza sostenida por su cuerpo vizcoso; se detenía como si estuviese clavado á la hierba, sin dejar de mayar.

Mirad, hermanos amados,  
como busca el animal;  
el gatito colorado  
no halla donde descansar

Cantaba Zasoubrina á guisa de comentario.

—¡Es bonito lo que has hecho!—gritó el joven de la barba roja.

El público miraba á su artista con una admiración que comenzaba á cansarse.

—¡Cómo mayal!—dijo el granujilla señalando al gato con su cabeza. Después miró á sus camaradas. Ellos también contemplaban al gato y callaban.

—¿Y permanecerá verde toda su vida?—preguntó el pillete.

—¿Y cuánto tiempo crees que le queda que vivir?—preguntó un preso de cabellos grises que miraba con atención á Michika.—Va á secarse al sol, se encolarán sus pelos y morirá.

El gatito mayaba hasta inspirar compasión.

—¿Morirá?—preguntó el pillete.—¿Y si le laváramos?

Nadie contestó. El pobre gatito verde se agitaba á los piés de aquellos hombres groseros; su debilidad era digna de compasión.

—¡Ouf! ¡Que calor tengo!—gritó Zasoubrina, dejándose caer al suelo. Nadie le prestó atención.

El pillete se aproximó al animalito y le cogió entre sus manos; pero lo dejó inmediatamente diciendo:

—Está abrasando.

Después miró á sus compañeros y dijo compasivamente:

—Todo acaba para Michika. No lo veremos más entre nosotros. ¿Por qué haber matado este animalito?

—Tal vez se reponga, opinó el rojo.

La pobre bestiezuela verde y repugnante se arrastraba siempre por la hierba y veinte pares de ojos lo contemplaban. Ninguno sonreía. Todos estaban sombríos y tan contrariados como el gato; parecían contagiados por un dolor; como si les hubiese comunicado sus sufrimientos.

—¡Se curará!—repetía irónicamente el pillete levantando la voz.—Hé aquí que teníamos un Micha; todo el mundo le amaba. ¿Por qué haberle matado después de martirizarlo?...

—Y ¿quién ha hecho eso?—preguntó con furor el presidiario rojo; ese es el autor de semejante abominación.

—Vamos,—dijo Zasoubrina, deseoso de restablecer la paz,—todos juntos lo hemos decidido.

Temblaba como si tuviera frío.

—¡Todos juntos!—dijo contradi-

ciéndole el muchacho. — ¡Tú solo eres el culpable! ¡Sí!

— ¡Cállate, pequeño! — aconsejó dulcemente Zasoubrina. — Yo creo que es preciso cogerlo por la cola y arrojarlo por encima de la pared. — Y añadió riéndose: — ¡Es lo más sencillo!

— ¿Qué? — gritó el rojo, — y ¿si lo hiciéramos contigo? ¿Quieres que probemos?

— ¡Maldito! — ahullaba el pillete y cogiendo al gatito echó á correr. El viejo y algunos otros le persiguieron.

Entonces Zasoubrina se quedó solo, rodeado de hombres que le miraban fieramente. Parecía que es peraban algo de él.

— Yo os había consultado, — dijo compungidamente Zasoubrina.

— ¡Cállate! — gritó el rojo y mirando á su alrededor le dió un puñetazo en la boca. El artista se tambaleó; pero le sostuvo otro golpe que le dieron por la espalda.

— ¡Hermanos! — gritó humildemente.

Pero los hermanos viendo que los inspectores estaban lejos, rodearon á su ídolo, lo derribaron y lo patearon. Desde lejos se habría podido tomar aquel grupo compuesto por gentes que hablaban animadamente. Zasoubrina, maltratado por ellos, yacía á sus piés. Solamente se oían ruidos sordos. Los piés se hundían en las costillas de Zasoubrina, sin prisa, sin furor, eligiendo el momento en que el cuerpo retorciéndose como una culebra presentaba un lu-

gar sin defensa para aplicar allí los golpes.

Esto duró quizás tres minutos. De repente se hizo oír la voz de un inspector.

— ¡Basta, qué diablo!

Los presos suspendieron inmediatamente el suplicio. Se alejaron uno á uno de Zasoubrina y todos antes de partir le dieron un puntapié.

Cuando se hubieron dispersado, Zasoubrina quedó en tierra sólo. Estaba tendido sobre el vientre y temblaban sus espaldas. Seguramente lloraba; tosía y escupía. Después se levantó lentamente, con precaución, como si temiese romperse en pedazos y caer por tierra. Con la mano izquierda se apoyaba en el suelo, después dobló una pierna y ahullando como un perro enfermo se sentó y comenzó á arrastrarse hasta la pared de la cárcel. Apoyaba una mano en su pecho, extendiendo la otra hacia adelante. Con la mano extendida tocó la pared é inclinó la cabeza. Tosía...

Yo ví caer á tierra gotas negras, se distinguían perfectamente sobre el fondo gris del muro de la prisión.

A fin de no ensuciarlo, Zasoubrina se esforzaba en hacer caer aquellas gotas de sangre sobre el suelo que las bebía.

Se reían de él...

El gatito desapareció desde entonces. Y Zasoubrina no compartió con nadie los favores de su público de presidiarios.

MAXIMO GORKI

Traducción de J. Ambrosio Pérez.

# UN ASESINATO EN EL RÍO NAGCA

(EPISODIO DE LA REBELIÓN DE FILIPINAS)

## I

Corría el año 1896 y la rebelión de Filipinas estaba en su período álgido.

Entre las filas españolas, que pasaban días de verdadera angustia, reducidas considerablemente por las enfermedades, más que por las balas, figuraban varios periodistas y fotógrafos que habían acudido á cumplir sus deberes profesionales.

Los oficiales, como ocurre siempre en estos casos, les querían y amparaban cuanto les era posible, convidándoles con frecuencia á comer y dándoles consejos que les ponían á cubierto de los ataques del enemigo.

Uno de aquellos, reporter fotógrafo á quien llamaban Chofré, era uno de los que con más extraordinario ingenio se había captado las simpatías del ejército español.

Una noche, iba Chofré solo por las riberas del río Nagca (Manila), con la intención de pasar disimuladamente al campo enemigo para tomar algunas fotografías y escapar luego como fuese posible. Era una imprudencia lo que Chofré intentaba, pero su entusiasmo por el arte que cultivaba estaba muy por encima de lo que le imponían sus obligaciones. La noche era oscura y Chofré iba sin luz alguna.

Algo rendido de su camino, que

comenzaba ya á ser bastante largo, sentóse á la misma orilla del río, dejando que el agua llegase á acariciarle la cara que tenía apoyada sobre el musgo y entre las rocas.

Entornados tenía los ojos, dominado por el sueño, cuando oyó que los árboles cercanos á él crujían de un modo extraño. Levantóse rápidamente y sacó del bolsillo su revólver.

—¡Quién val!—exclamó energicamente. Nadie contestó. Los árboles no crujieron más y Chofré pudo continuar su camino. Al amanecer, encontró el fotógrafo á varios oficiales que se habían apartado un tanto del campamento.

—¿Dónde vas?—le dijeron.—Te perderás por ahí...

Chofré les explicó su intento y á pesar de las advertencias de aquellos, empeñóse en continuar la marcha emprendida, confiando en su entusiasmo y en su valor.

—Este muchacho—aseveró uno de los oficiales—va á tener un susto... de los que no pueden explicarse...

—¡Déjalo!—respondió otro.—Respetemos las aficiones...

Pasaron dos días y los mismos oficiales que encontraron á Chofré cuando se dirigía al campo enemigo, recibieron la noticia de que había sido asesinado junto al río Nagca, por los indios.

Grande fué la consternación de los compañeros de Chofré... ¡Le que-

rían tanto! Soldados que habían alternado con él varias veces lloraban como mujeres.

Varios de éstos y algunos periodistas y fotógrafos, compañeros del desgraciado Chofré, dirigieron hacia el lugar en donde había sido aquél asesinado.

Tenía la cabeza hundida en el agua del río y el pecho ensangrentado.

—¡Habrà justicia!—gritaron muchos en presencia del cadáver.

Y, activamente, comenzaron las pesquisas para dar con los autores del crimen.

## II

Los insurrectos, entre los cuales eran los indios en mayor número, tenían una costumbre originalísima.

El progreso de la humanidad pasaba para ellos inadvertidamente y dormidos en sus leyes salvajes gozaban lo indecible, bebiendo la sangre de los que no habían nacido de sus mujeres.

Cuando presentían el paso de un grupo de *castilas* (1), fáciles de prender, unos á otros se invitaban para asistir y contribuir al asesinato de aquéllos.

Supónese que Chofré había sido perseguido por los indios desde su salida del campo español.

Los médicos certificaron que debía de haber habido lucha entre él y sus matadores, á juzgar por las heridas que presentaba.

El entierro se efectuó un día después del asesinato.

Por las orillas del río Nagca iba la fúnebre comitiva, sin oírse un canto religioso ni haberse dispuesto ordenadamente la ceremonia. El féretro era conducido por varios soldados españoles y se le había cubierto de flores del campo arrancadas con grandes esfuerzos de las matas ribereñas—pues andaban escasísimas por aquel tiempo.

Detrás del féretro iban muchos jefes y oficiales y compañeros del desgraciado Chofré. De pronto, como salida del río, apareció una mujer, desgreñada, sucia, con los ojos brillantes y se echó sobre el féretro, cubriéndolo con una mano y señalando con la otra la parte opuesta del Nagca, al mismo tiempo que prorrumplía en grandes exclamaciones.

Detúvose el cortejo y fijáronse todos en los ademanes de la mujer. Poco á poco fué éste recobrando aliento y al fin dijo:

—¿Queréis al asesino de este hombre? Yo os lo entregaré... Soy de raza española y sacrifico mi propia sangre por la patria...

—Dices que tu propia sangre...

—Sí, porque el asesino ¡es mi hijo!

Atravesaron el río varios de los que acompañaban al cadáver, siguiendo á la mujer, y en poco tiempo se encontraron junto á una choza de juncos, en la que se hallaban varios indios é insurrectos, los primeros con sus caras cobrizas y pies descalzos y vestidos los otros con camiseta y calzoncillos, como labradores valencianos.

—Este es,—exclamó la madre, se-

(1) Soldados españoles.

ñalando á uno...—Este es el asesino...

Inmediatamente prendióse al rebelde y se incoó contra él la correspondiente causa criminal que dió por resultado su fusilamiento al cabo de pocos días.

Llamábase el asesino Basilio Santos y, según él mismo manifestó, mató á Chofré en complicidad con varios indios que no pudieron ser

alcanzados, los cuales pisotearon luego la cabeza del infeliz fotógrafo.—Pero... —decía el asesino—yo me concreté á contribuir al asesinato, mas no á que pisotearan la cabeza de la víctima, porque mis teorías humanitarias no me lo permitían... A pesar de estas disculpas, Basilio fué fusilado, á presencia de algunos indios y de los soldados españoles francos de servicio.

## Memorias de un náufrago

### Aventuras maravillosas de Arguin el marino

(Continuación)

#### V

El invierno en las costas septentrionales de la Siberia es para los extranjeros que habitan aquellos climas, sinónimo de muerte.

La naturaleza se opone á que los hombres de unas latitudes, puedan habitar otras; combatiendo de este modo las modernas teorías que sientan el principio de que: *La patria del hombre es el mundo*.

Durante los cinco meses que hemos permanecido entre Yma y los puertos de la desembocadura del Petchóra, preparando nuestra expedición, hemos perdido catorce de nuestros compañeros, muertos por las múltiples enfermedades que consumen el organismo más fuerte.

Las gentes del país, refractarias al trabajo del mar, se niegan á formar parte de nuestra tripulación, y

para ocupar las plazas que la muerte de nuestros amigos, deja vacantes, hemos reclutado diez rusos, presidiarios, indultados de la horca y condenados á prisión perpétua en Siberia, de cuyos malditos lugares han tenido la suerte de fugarse.

Son gentes honradas, cuya única falta consiste en no ser partidarios del Zar de todas las Rusias, ni de su despótica política. Uno de ellos, profesor de idiomas, conoce perfectamente el italiano y el español, y me ha ofrecido sus servicios, que desde luego acepto, para la confección de estas Memorias.

Sus grandes conocimientos en literatura me proporcionan la satisfacción de presentar mis escritos perfectamente corregidos y en disposición de publicarse si algún día mis herederos á ello se deciden. <sup>(1)</sup>

(1) Las presentes Memorias han sido adquiridas por el Director propietario de *El Cuento y la Historia*

A bordo de la goleta *Obi*, navegamos por el río Petchora, con un tiempo magnífico y bajo los más felices auspicios. Alegre la tripulación, confía en que no tardaremos mucho tiempo en encontrar al *Embrío*, y al *Yermak*, salvando la dotación del primero, acaso refugiada en alguna tribu hospitalaria de las muchas que abundan en el Kara.

Las fuertes corrientes que entran en el río nos obligan á echar anclas, en medio de una tempestad con ráfagas de viento y lluvia. La temperatura es de 8° y el barómetro señala 29.29.

Venciendo fácilmente cuantos obstáculos se nos presentan, ya que el rumbo nos es perfectamente conocido desde nuestro viaje anterior; salvando escollos de hielo y bancos que chocan con nuestra goleta, navegamos mar adentro, anhelando llegar pronto á mares desconocidos; en donde aguardamos interesantes acontecimientos, que nos permitirán añadir á la ciencia geográfica alguna página nueva y á la ciencia natural algún raro ejemplar de la fauna siberiana.

¿Pereceremos en la demanda? El fondo de los mares helados que en este momento atravesamos alegres, sirve de cementerio á muchos, que, al igual que nosotros, buscaban la felicidad ó la gloria; acaso sus cadáveres embalsamados por efecto del frío y de las sales del mar, se encuentran en las profundidades del Océano, conservando los rasgos ca-

racterísticos como el día que naufragaron, y sus espíritus pasarán en los momentos de peligro sobre los mástiles rotos de nuestras frágiles embarcaciones, animando á los débiles en la lucha con los elementos.

.....

Nos hallamos en medio de una cordillera de montañas de hielo que forman una espaciosa rada. La noche es tempestuosa. A un tercio de legua de nuestra goleta, se ve una larga cadena de elevadísimos picos cubiertos de nieve y todo parece indicar que el paso está cerrado por aquella parte. Un ruido espantoso, parecido al que produce el trueno, llena de consternación á los tripulantes. Aquel estrépito indica que el hielo se pone en movimiento. El *Obi* recibe pronto los violentos choques de los témpanos y es algo difícil alejarse del sitio en que nos encontramos.

Pasamos la noche en medio de una zozobra indescriptible, pero á la mañana siguiente se calmó la tempestad y vimos que el buque no había sufrido importantes averías.

Con sorpresa notamos que aquellas montañas de hielo que la víspera se hallaban, al parecer, estrechamente unidas, formando una barrera infranqueable, se habían separado y presentaban el aspecto de un vasto archipiélago.

A las doce del día el marinero de guardia exclamó:

—¡Buque á la vista!

Indudablemente que el vigía había perdido la razón.

Un buque en aquellas latitudes era un suceso extraordinario y mu-

mediante la cantidad de 1.000 FRANCOs, satisfechos á don Alberto María Arguín de Ceballos, heredero del autor.

cho más á través de la gran barrera de hielo que teníamos frente á nosotros.

Toda la tripulación subimos al puente, desde donde observamos que, efectivamente, un barco se hallaba cerca de nosotros.

Algunos hielos flotantes situados entre el *Obí* y la embarcación descubierta nos impedían ver desde luego el casco del buque, pero distinguíamos perfectamente las extremidades de los mástiles.

Pronto comprendimos que se trataba de una embarcación abandonada.

El teniente Krusenstern hizo arriar una lancha, en la que embarcamos acompañados de algunos marinos, y á fuerza de remos nos dirigimos hacia el desconocido buque.

A medida que nos acercábamos, adquiríamos la certeza de que nadie se hallaba sobre el puente; éste se encontraba cubierto de nieve hasta una altura prodigiosa.

Cuando más próximos, pudimos examinar la arboladura, nos convencimos de que era el *Embrión* el buque amigo, perdido en nuestro viaje anterior. El teniente, profundamente emocionado, llamaba por su nombre al capitán y lo mismo hacíamos nosotros á grandes voces; nadie contestaba. Ibamos á subir á bordo cuando llamó nuestra atención una de las aberturas de la cámara.

Al través de los cristales pudimos notar la presencia de un hombre sentado en una silla. ¡Era el capitán! Nuestro compañero se hallaba ante una mesa, sobre la cual

había un libro registro, tintero y plumas.

No pudimos distinguir otros objetos, pues lo impedía la débil claridad que reinaba en aquel extremo de la cámara.

Poseídos de un secreto terror subimos al puente, y, después de separar la nieve que cubría la escotilla, penetramos en la cámara, y nos dirigimos al sitio en que habíamos visto al capitán del *Embrión*, sentado en actitud de escribir.

Cuando estuvimos á su lado, un estremecimiento se apoderó de nosotros.

El hombre no se movía, á pesar de nuestras llamadas y de nuestros saludos, permaneció inmóvil. ¡Nos hallábamos delante de un cadáver.

A su lado estaba el cuaderno de bitácora abierto y una pluma. En el diario se leían estas últimas frases:

«¡Ya no hay esperanza! Setenta días hace que el *Embrión* se encuentra encerrado entre los hielos.

El fuego se apagó anoche y no hemos podido encender... Esta mañana han muerto algunos tripulantes de hambre y sed. ¡Estamos perdidos! Una gran barrera de hielo nos impide la salida y otros témpanos avanzan hacia nosotros dificultando toda maniobra.»

Al colocar mi mano sobre la cabeza del capitán, éste cayó de la silla; semejante espectáculo nos dejó estupefactos y abandonamos aquel lugar sin proferir palabra.

Entramos en otro camarote y encontramos al *segundo* tendido en su lecho; su cara conservaba la naturalidad de la vida y la contracción

de sus miembros indicaba los esfuerzos que había realizado luchando con la muerte.

Al lado del camarote, un marino que tenía en la mano derecha un eslabón y en la izquierda una piedra, estaba sentado y con los ojos desmesuradamente abiertos.

Nos dirigimos á proa. La tripulación permanecía en sus literas exánime, tendidos en diferentes posiciones.

Los cadáveres, simétricamente colocados como en los nichos de un cementerio, no despedían olor alguno; el frío los conservaba, y nunca cámara frigorífica funcionó con mejor éxito que la de *Embrión* sobre los hielos polares.

No encontramos en el buque víveres ni materiales combustibles.

Nuestros compañeros habían muerto sin lucha, que es la peor de todas las muertes.

Faltos de recursos, sitiados por los hielos, sin fuego y sin alimentos morían de hambre y de frío, viendo enseñorearse la terrible parca sobre aquel pequeño esquife que les servía de sostén: entre aquella sábana inmensa de nieve y de hielo, tampoco tuvieron en seis meses el consuelo de ver atravesar buque alguno. Sobre aquellos mares de desolación y de muerte, cubierto el horizonte por las grandes montañas de hielo y por las brumas continuas, no pudieron recibir auxilio de los buques balleneros *Tritón* y *Neptuno*, que según después averiguamos atravesaron cerca de los naufragos.

Examinados detenidamente los cadáveres, pudimos notar que los actos de canibalismo no habían te-

nido lugar entre nuestros compañeros; prueba evidente de que el frío más que el hambre acabó con aquellas vidas.

Toda la tripulación del *Obi* visitó el *Embrión*.

Pocos cuadros tan conmovedores como el de aquella tripulación muerta de frío, visitada por otra próxima á morir.

Después de recoger el cuaderno de memorias y demás útiles, procedimos al traslado de los cadáveres á bordo de nuestra goleta.

Abandonaríamos el buque, pero no los cadáveres que contenía.

Celebramos consejo y en él acordamos suspender la expedición. Conducir los cuerpos de los compañeros muertos al primer puerto en donde pudiéramos embarcarlos para Rusia.

Los trapos del velamen del *Embrión* sirvieron de mortaja á los naufragos; cuidadosamente envueltos en aquellos sudarios, depositamos en la bodega de nuestro buque los tristes despojos de la expedición.

En los bolsillos de las zamarras encontramos cartas escritas con lápiz, ruegos y despedidas que en los últimos momentos dirigían á sus familias los que jóvenes aún abandonaban el mundo.

El herrero Nicoff, viudo, sin hijos ni familia alguna que lllore su muerte, recomienda que su cuerpo sea lanzado al mar, cuya tumba prefiere. Yo soy el encargado de cumplimentar fielmente la última voluntad de los muertos.

Nicoff, después de las ceremonias religiosas acostumbradas y de levantar acta de su sepelio, fué lan-

zado al mar con un peso en los pies, al objeto de que el cuerpo se sumerja y permanezca de pie. De esta

suerte y en semejante posición se conservará seguramente muchos años intacto é incorrupto.

## Las Escuadras de Cataluña

(Continuación)

Luisa miró al bandido como queriendo penetrar su pensamiento, y agregó de nuevo:

—¿Y decís que no podéis encontrar el medio de caer en manos de la ley?

—Os he dicho que es imposible; pero quiero retardar ese momento y he aquí porque recelo de cuanto me rodea, y he aquí, también, el motivo de mi presencia en este sitio.

—¿Hasta de una pobre huérfana que en nada os ofendió?

—Hasta de vos, señorita, á qué mentir.

Luisa palideció de terror al escuchar tales palabras, que ponían claramente de manifiesto las sospechas que el bandolero abrigaba respecto de ella. La mirada de éste, siniestra y amenazadora, fijóse inquisitiva en la infeliz joven, que no pudiendo resistirla, cayó de rodillas, exclamando:

—¡Oh! juro que soy inocente! ¡Tened piedad de mí! Vuestras sospechas son injustas...

El bandido no la dejó terminar la frase: desenvainó su daga, dirigióse furioso hacia la joven y tomándola por un brazo, sin hacer caso de sus súplicas y protestas, la dijo:

—Sí, sí, sospecho de tí; no creo en tus juramentos. ¡Morirás! ¡Mi puñal

se encargará de aniquilar á los espías de los mozos de la Escuadral

La joven, aterrada y balbuciente, se atrevió aún á rogar á aquella fiera.

—Decidme qué pruebas deseais que os demuestren mi inocencia.

—Confiesa tu culpa, miserable, ó no sabré contenerme un instante más.

—¿Mi culpa? ¿Cómo? ¿De qué manera? Herid si os place á un sér inerme é indefenso, pero no esperéis de mí más protestas que las que os acabo de hacer. ¡Si tal hazaña cometéis, será digna de vos y de vuestros desalmados hechos! Alguien se encargará de vengar mi muerte, de buscaros é inigiros el merecido castigo.

—¿A quién llamarás en tu defensa, miserable espía?

—A un hombre más caballero que vos y que sabe respetar la desgracia de una mujer indefensa como yo; si habéis estado en el sitio de Barcelona, le habréis oído nombrar más de una vez. Ernesto Grau me vengará.

El Molinero, al oír este nombre, soltó á la joven y la daga resbaló de su mano.

—¿Qué nombre habéis pronunciado?—le dijo,—le conocéis tal vez.

—No; pero sí sus hechos valerosos. Mis desgraciados hermanos me los relataron más de una vez.

—¡Tus hermanos! Su nombre, ¡viven los cielos!

—Los Olaguer...

—Basta; perdonad, señorita, mi arrebató. La memoria de los Olaguer es para mí sagrada, y vos lo sois desde ahora. Olvidad mis palabras y furores, os lo suplico en nombre de vuestros hermanos, cuya



Don Felipe Veciana, tercer comandante de las Escuadras

amistad me era tan cara y lloro aún.

La infeliz Luisa, temblorosa aún, alzóse del suelo y perdonó al bandido el acto de crueldad que estuvo á punto de cometer. Este, confuso y conmovido, á pesar de su rudeza, contempló á la joven con cariño, se inclinó respetuosamente ante ella y salió del aposento.

Instantes después, presentóse á sus bandidos, que cenaban en medio de la mayor algazara. Al verle, y no acostumbrados á su presencia en tales actos, todos guardaron el mayor silencio. Inmediatamente ordenóles que se acostaran en el pajar de la masía, y como conocían de sobra que su capitán no repetía dos veces sus mandatos, uno á uno des-

filaron, quedando la casa en la más profunda quietud.

Claudio dirigióse á su aposento, y allí encontró á su leal Pepet, que le esperaba con la mesa dispuesta para la cena. El bandido, preocupado con la escena anterior, comió muy poco dió sus órdenes á Pepet para el siguiente día, y se acostó inmediatamente, ávido del reposo que necesitaba para coordinar sus ideas y explicarse la sensación que en su ánimo había producido la presencia de la joven. No pudo, sin embargo, conciliar el sueño; la belleza de Luisa, su voz dulce y armoniosa, sus distinguidas maneras, habían producido en su espíritu tan honda transformación, que variando el curso de sus ideas, agitábale un solo pensamiento, que tenaz y persistente, sin quererlo, traía á lo más recóndito de su alma la adorable imagen de Luisa. Sentía quizás por primera vez en su vida, una sensación de bienestar increíble, un goce purísimo, una tranquilidad como jamás experimentara á la vista de otras mujeres con quienes había tropezado en su azarosa existencia de criminal y aventurero. El amor, en una palabra, había penetrado en aquella alma endurecida, en aquella naturaleza desordenada, acostumbrada hasta entonces á la sola satisfacción de los goces materiales. Este sentimiento, inundando todo su ser, hizo presa en aquel cuerpo vigoroso, apoderándose de él la fiebre y impidiendo que el bandido descansara en toda la noche.

Análoga crisis atravesaba el espíritu de la infeliz doncella; perseguía un recuerdo, que aunque no

lejano, sumíala en confusiones á las que no acertaba á dar clara explicación. La figura del bandido, su voz, su gallarda apostura, por asociación de ideas, traíanle á la memoria otro ser idéntico, á otro hombre, que ella había visto, aunque sin hablarle, en casa de sus desgraciados hermanos. Este hombre era Ernesto Grau, y la sorpresa de Luisa fué grande al presentarse el bandido en su habitación, pues se parecía mucho á aquél, como que eran una misma persona, y no podía explicarse como un caballero tan digno y tan valiente habíase transformado en un capitán de bandidos. No obstante, reuniendo sus recuerdos, llegó á convencerse de la realidad de que Claudio era el mismo Grau, que ella había admirado y aún quizás amado en Barcelona, y tales pensamientos agitaron su espíritu de manera tan poderosa, que la infeliz joven no pudo, á su vez, conciliar el sueño durante aquella noche de tan singulares emociones.

Al siguiente día el Molinero hizo llamar á Roseta, y ya en su presencia, tuvo con ella una larga conversación.

—Procurad—le dijo—que mis gentes no se enteren de que alojais en vuestra casa á esa joven. Será respetada por todos, y al efecto he dado mis órdenes; pero pudiera ocurrir que yo faltase y no acordarse entonces de las consideraciones debidas á su clase y posición. Advertidla que puede estar segura de que nadie, absolutamente nadie, se atreverá á contrariarle en lo más mínimo.

(Continuará)

